

Virginia

POR REBECA MILLÁN

Ahora pasas con la urgencia que sólo al viento se opone y un rayo de luz delata tu presencia.

Tú, la hermosa, la prudente musa, la imperturbable y rigurosa con quien se animaban las esperanzas, estás en una sombra que no imaginamos.

Descubierta en la penumbra de esos caminos peligrosos y atractivos por donde caminaste sin despertar sospecha, para venir a entender, a saber de la humanidad, y entonces comprender.

Bien lo sabes: tu puerta siempre abierta y tú desprendida.

¿Con quién dialogaste? ¿Con quién conociste? ¿Cuántos cómplices tuviste?

Pudorosa Magdalena en los momentos más íntimos, cuando se hacen las confesiones a la luz de la razón: ese viento que siempre agitó tus velos y dio en tu cara. Cerraste los ojos para escuchar otras voces.

Tantos navegamos contigo según nuestro albedrío.

Sólo ahora que has quedado quieta, apareces en lugares totalmente sospechados. No únicamente en tu afinidad meticulosa a las letras, el reto vital en la escena o la elegancia y sensibilidad que inspirara al pintor, sino también en los acordes que no compartimos: el agua de la música que te reconfortó, y que lamento no haber escuchado contigo.



Foto de Benito Nogueira (10 de marzo de 2004).

Luego me entero, y te busco y te encuentro. Ahí también estás, ahí también te has quedado.

Tus pasos en el aire, tu mirada en el aire, como un ave azul de cauta mirada, que ahora aparece derribada.

Tu pecho se negaba a la muerte y el pequeño sudario nada más alcanzó a cubrir tu cabeza. Quedaste entonces desnuda, inmortal en el lienzo.

Probaste tantos frutos, querida Virginia, donde fuera, como fuera y con quien fuera, incluso durante esas noches solitarias, cuando dialogabas con la vida ante la muerte, a la luz de una vela.

Por eso te fuiste a buscar respuestas, otra vez, en silencio.

Vivimos acumulando huecos, Virginia.